EFECTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA CONQUISTA DEL DESIERTO. EL ROL DE LOS INTERMEDIARIOS DE LA GUERRA

Adriana Beatriz Martino
Mary Delgado de de Nicolás

Introducción

La conquista militar

La conquista del desierto fue una "lucha secular" que encontró su principal desenlace en la ocupación del río Negro y en el dominio del río Salado, por ser ambos las puertas de los caminos que desde siempre dieron paso a las hostilidades generadas entre indios y blancos, que se sucedieron casi sin interrupción, jalando con sangre la guerra desatada en aquellas latitudes.

Muy difícil es determinar de qué lado se iniciaron las acciones; podría suponerse que fue desde las tribus araucanas, necesitadas de animales, con el fin de mantener su comercio con Chile. Sin embargo, también cabría culpar a los estancieros que permanentemente invadían los dominiós del indígena, ignorando los tratados y cometiendo toda clase de abusos...

Las grandes invasiones, los ataques a las poblaciones y a los pueblos no tuvieron por único origen el robo sino la venganza de injusticias y atrocidades cometidas con aquellos salvajes. La sangre produce la sangre, y la guerra llegó a tomar proporciones verdaderamente alarmantes y desastrosas... ¹

Generalmente el indio manso, que lo había, se avenía a tener tratos comerciales con el "huinca" pulpero, Juez de Paz o Comandante, pero era burlado. Traía cueros de zorro o de venado y plumas de avestruz. Se llevaba azúcar negra y alcohol de ínfima calidad. Importantes datos nos brinda al respecto, en sus Obligaciones, el militar inglés Alejandro Gillespie, hecho prisionero durante las Invasiones Inglesas de 1806-1807, así como Darwin en su Viaje de un naturalista alrededor del mundo ².

Es indudable que la cuipá de este espectáculo tan penoso la tenía el hombre blanco, quien, valiéndose de su alfabetismo y su superioridad mental, engañaba al indígena hundiéndolo la mayoría de las veces en el vicio del alcohol. Y así, mientras el indio manso se dejaba despojar, su hermano, el irredento, el nómade a caballo, gobernaba las pampas con el solo arbitrio de su voluntad, atacando al hombre de las estancias, fuertes y fortines en periódicos y devastadores malones.

Este largo enfrentamiento, cada vez más agudo y sangriento, tuvo distintas etapas a lo largo de nuestra historia colonial e independiente, y distintas medidas para encararlo, las que se ordenaron desde la catequización hasta la guerra abierta. Muchos son los nombres y las acciones que se sucedieron en esta terrible contienda, a partir de 1820 en que se dieron las expediciones punitivas de Martín Rodríguez, luego las del coronel Federico Rauch; más tarde, la famosa marcha al Desierto de 1833, que bajo la inspiración de Juan Manuel de Rosas, daría un serio golpe a las tribus araucanas. Sin embargo, la frontera no se pacificó; por el contrario, los malones prosiguieron ahora con mayor violencia, especialmente a partir de 1834 en que aparece en el escenario de la guerra el famoso cacique Califurú. Desde ese momento se convirtió en la figura más prominente de los grupos araucanos de la Pampa y aún de la política argentina en la segunda mitad del siglo XIX.

El indomable Califurú se puso en movimiento después de la caída de Rosas, en Caseros, y bajo su impetu arrollador continuó la ruina, la aflicción y el despueblado en las zonas habitadas por el blanco, especialmente sobre la frontera de la provincia de Buenos Aires separada de la Confederación en esos momentos (1855 a 1859), y luego sobre las demás provincias en el preciso instante en que Urquiza y el coronel Balgioria dejaban de ser amigos y aliados como lo habían sido hasta entonces. No olvidemos que después de Caseros el país se desangraba en guerras intestinas, y en la pujía por lograr la victoria, las fuerzas contendientes buscaron apoyos indígenas que actuaron como elementos coagulados. Y así, caciques, capitanejos o jefes blancos de tribus indias llevaron sus huestes a quien mejor las pagara o les asegurara importante botín. Hubo fuerzas aborígenes en favor y en contra de la Confederación y aún mezclados con las de la montoneras. “Esto contribuyó a que el indio perdiera el respeto por su adversario y a todo llegara su atrevimiento”.

Al ocupar el gobierno el general Mitre, hacia 1862, debió encarrar con premura la crítica situación de las fronteras del “desierto”, marcada por una línea de fuertes y fortines extendidos a todo lo ancho de la República Argentina y que debían guarnecer la totalidad del ejército. Pero aún así, los malones continuaron, ahora como verdaderas invasiones y los enfrentamientos sangrientos a campo abierto se sucedían ininterrumpidamente.

---

3 Ibidem, p. 31.
5 Por aquel momento se mantenían en sus comarcas tradicionales, como sedentarios: los ranqueles, en Poitahué y Leubucu; Pispén en Nahuel Mapu; Califurú en Chilhué (Salinas Grandes) y Cajumil más al sur. Sobre el alto Tajo Negro y la zona cordillerana del Neuquén se asentaban Reque-Curá, Sayhueque, Nancuche, Queupu, Poyo, etc. Dentro de la línea de fortines aparecían los indios de Catriel, en Nievas; los de Coliqueo y otros grupos menores.
Pero el derrumbe se acercaba para las poblaciones aborígenes. En 1872, la batalla de San Carlos señaló el fin del poderío, por momentos imbatible, de Calfucurá, y si bien las temidas incursiones continuaron con su sucesor Namuncurá, lo que ocurrió después “no fue sino el desesperado intento de los indios por recuperar sus fuentes de abastecimiento” 6.

La llegada de Avellaneda al poder presidencial y con él, su ministro de Guerra, doctor Adolfo Alsina, significó el principio del fin de la resistencia indígena. En marzo de 1876 la frontera logró avanzar hasta Italó, Trenque Lauquén, Guaminí, Carhue y Puán, a cuyo largo se construyeron cerca de cien fuertes y fortines, a la vez que se abrió la famosa “zanja” desde Italó a Bahía Blanca, construcción que no impidió los nuevos y ferozces asedios del indio. Sin embargo, hacia 1878, el “ejército de la civilización” contaba ya con las armas decisivas para poner fin a los imperios del Desierto: el fusil Remington, los hilos del telégrafo, la locomotora, la colonización en marcha... De ahí en más, una “generación de guerreros especializados en esta clase de guerra” esperaba sólo la orden del ataque final, dada por Roca en su momento 7. En efecto, el 25 de mayo de 1879 el “ejército cristiano” llegaba a las márgenes del río Negro y a comienzos de 1885 el general Lorenzo Wintter declaraba terminada la guerra del Desierto luego que los últimos reductos de araucanos fueran aniquilados en dos expediciones comandadas por el general Conrado Villegas.

El indio había sido vencido, la gran planicie patagónica había dejado de pertenecerle. La Frontera quedó organizada en siete Comandancias: Bahía Blanca, al oeste; Puán, al sur; Guaminí, al oeste; Trenque-Lauquén, al norte; Vutalá, al sur de Santa Fe y Río Cuarto, al sur de Córdoba.

El Latifundio

“Las tierras sin dueños” 8 se transformaron en tierras de particulares, y el latifundio, generado desde lejanos tiempos, se arraigó en forma definitiva sobre todo, a partir de la política agraria de Rosas por la que comprometió 226 leguas quitadas a los indios durante la conquesta del Desierto y 14.000 leguas quitadas a sus adversarios políticos 9. Una vez producida la caída de su gobierno, quienes lo sucedieron intentaron fundar colonias para impulsar la agricultura. Alejo Peyret habla de ellas en su obra Una visita a las colonias de la República Argentina, y muestra por qué fracasaron en su mayor parte al chocar con los intereses muy poderosos de los hacendados.

Más tarde, al incorporarse el resto del desierto a las tierras de trabajo, unido, entre otras cosas, a los “boletos de premios militares” de 1885, nacería un nuevo latifundio ubicado entre la zanja de Alsina y el río Colorado y logrado a partir de escandalosas especulaciones que no pudieron evitar presidentes como Mitre, Sarmiento, Avellaneda... el mismo Roca en 1884.

---

6 Manuel Prado, ob. cit., p. 18.
7 Ibidem, p. 19.
9 Alvaro Yunque, ob. cit., p. 128.
En este proceso de formación de la propiedad rural durante el siglo pasado es dable advertir una constante bien marcada: la concentración de grandes extensiones en pocos manos, y el aumento creciente de sus posesiones, perpetrado mediante uniones interfamiliares y transmisión hereditaria de la tierra. Vale decir que la Nación, al poseer la provincia de Buenos Aires, la Pampa y gran parte de Río Negro y Neuquén, absolutamente libres de indios y malones, desoyó la voz de los que habían vislumbrado el porvenir de la Argentina por la vía de la colonización. Prefirió no seguir con el ejemplo que daba la provincia de Santa Fe, que desde mediados del siglo XIX experimentalmente, importante transformación de su campaña, entregada al trabajo agrícola de sus innumerables colonias.  

Los grupos sociales de la conquista

Pese a todo, hubo nobles intentos colonizadores, enfrentados a intereses opuestos: junto a la iniciativa privada, contribuyeron al poblamiento de aquellas regiones las colonias militares, surgidas de los fuertes y fortines, cuya misión fue la conquista pacífica del trabajo de la tierra para convertirse en avanzada de las poblaciones en esas alejadas comarcas. Cumplieron una importante labor, pese a las enormes dificultades que las rodearon y que extinguieron hacia 1884 no sin dejar señero rastro en numerosos pueblos y ciudades erigidos a su sombra, así como en las colonias agrícolas que a partir de la Ley de Centros Agrícolas de Buenos Aires de 1887 y por supuesto, de la Ley Nacional de Inmigración de 1876, se formaron para beneficio de una de nuestras principales riquezas: la agricultura.

En la opinión de nuestros gobernantes, la ocupación del sur por parte del ejército, seguida por el posterior poblamiento del territorio ocupado, opondría una barrera infranqueable a cualquier tentativa expansionista de Chile, a la vez que podrían surgir así “centros de un nuevo y poderoso estado federal, en posesión de un camino interoceánico fácil y barato a través de la cordillera”.

A este respecto alertaba Roca acerca del ojo avizor de Inglaterra, conocedora del porvenir de estas regiones para el comercio mundial, y si bien las condiciones generales a que obedecen sus evoluciones se han modificado profundamente... siempre existen para nosotros y el resto de América Meridional los motivos que Falkner señalaba como un incentivo poderoso para la población de esas regiones.

La importancia creciente de los problemas señalados, juntamente con la gravitación política de los sectores que los expresaban, restaron peso a a-

---

10 Antes, los terratenientes burlaron la ley de enfiteusis; después violarían la ley de arrendamientos para colonizar, de 1857. Por premios militares la Nación cedió 7.450.741 has. que la mayoría de los beneficiarios malvendió a los grandes poseedores. Ver: Alvaro Barros, Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur, Buenos Aires, 1958, prólogo de Alvaro Yunque, p. 26 y sigs.

quienes grupos interesados en el mantenimiento de una situación sin mayo-
res cambios, o cuanto más, un lento avance de la línea de fronteras. Muchos
son los testimonios que hablan de los beneficios que lograron comerciantes,
pulperos, jefes militares y hasta algunos hacendados, gracias al abasteci-
mento de las tropas estacionadas en los fortines fronterizos y al tráfico ile-
gal que sostenían con los indios.

El objetivo de este trabajo es desentrañar el papel cumplido por uno de
los sectores sociales interesados en la expulsión de los indios, es decir los in-
termediarios de la guerra del desierto, encaramados a su vez en los tentácu-
los de una administración viciosa, cuya base solía ser el fraude, y su resulta-
dado, las grandes fortunas adquiridas por quienes supieron utilizar el negocio
para rendimiento propio.

No se descuida tampoco el esfuerzo colonizador que, si bien mantuvo
cierta reticencia al principio, desplegó notable dinamismo a partir de la dé-
cada del setenta, para abrir el surco de grandes y prósperas poblaciones.
Fueron los mismos indios quienes se lanzaron al desarrollo de la frontera. Las
grandes fortunas adquiridas por quienes supieron utilizar el negocio para
rendimiento propio.

II- La Frontera y el Desierto

Marco conceptual

Al hablar de la conquista del Desierto surge necesariamente la defini-
ción de frontera como expresión típica de una zona creadora de energía, es
dejar sea la determinación no solo de la frontera política, sino más bien, de
“aquellas porciones sociales que habitan las regiones periféricas de sus res-
pectivas agrupaciones estatales o culturales” y de las cuales la historia ofre-
ce importantes ejemplos 13. La concepción misma del término “frontera”
está llena de imprecisiones. Por lo menos tres sentidos diferentes se impo-
nen: el de región geográfica, el de proceso de adaptación, el de espacio de
interacción entre dos o más aspirantes a la posesión de un espacio 14. Esa
misma ambigüedad permite adoptar el vocablo “frontera viva” como el
único válido para designar un proceso en que tantos niveles de análisis se
presentan en el tiempo y el espacio. Por lo tanto, no son sólo los factores
naturales los que determinan las líneas-límites de cualquier realidad cul-
tural. Hoy afirmamos que si bien actúan como estímulos de primer orden,
no engendran marcos estáticos. Hay simplemente adaptación del hombre a
posibilidades, y este estudio debe hacerse en forma paulatina mediante el
análisis de las distintas etapas evolutivas vividas por el hecho o país que se
trata.

A su vez, cada núcleo geohistórico genera una zona irradiante y una pe-

12 A. J. Pérez Amuchástegui, Roca y la frontera, diario Río Negro, general Roca, 11
de junio de 1979.


14 Hebe Clementi, Comparación con el modelo aplicado en E.E.U.U., diario Clarín, 11
de junio de 1979, Buenos Aires.
rífería de tensión. Esta última no obedece a propósitos agrevisos específicos, sino a la misma presión vital que la anima. Pero aún así el papel de la frontera geohistórica, en su concreta y limitada versión político-geográfica, debe ser el convertirse en "puente de humanidad" para pueblos de una misma o distinta cultura, y no en zona de fricción que degraden los valores de nuestra civilización bajo el impulso de poderosas pasiones.

Fronteras y desierto a partir de 1860

El Desierto, es decir el mundo inhabitado por el blanco, era a la sazón la vasta extensión dominada por el indígena y escenario de la permanente lucha entablada contra el español y viceversa. Comprendía la desconocida superficie que se internaba hacia el sur y oeste de la provincia de Buenos Aires y los futuros territorios de la Pampa, Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. Era también la gran extensión que se abría hacia el norte de Santa Fe, Chaco y Corrientes. Allí habitaba el indio en sus tildeas, asestadas cerca de las aguadas y campo de pastoreo; con su vida ligada íntimamente a la gran habilidad e inteligencia de su caballo, el que sería aí el tercer gran actor de esta gesta.

Entre el blanco y el aborigen se alzaba la frontera, móvil línea que se iría jalando de fuertes y fortines como símbolos del lento pero tenaz avance del primero, a veces frenado por retrocesos, aunque siempre presto a la lucha inscripta desde los lejanos tiempos de la conquista.

¿Qué papel jugó la frontera en la mentalidad argentina? En verdad, no hubo ni hay estudios que aprecien el problema en su totalidad y más bien se tiende a "enfatizar lo perdido antes que lo incorporado, con esa melancolía abúlica que mientras pondera glorias pasadas cierra el paso a la acción presente".

La Patagonia, cuya aparición en la historia estuvo ligada a la búsqueda del paso interoceánico por parte de España, fue siempre dependiente de Buenos Aires, que era la "puerta de la tierra", sobre todo para la concepción geopolítica de los Borbones españoles. De Buenos Aires partieron expediciones terrestres para conocer y asentar la dominación en el área pues las tierras del "desierto" que la circundaban por el sur constituían una terrible amenaza para su vida y expansión.

Buenos Aires se vio obligada a disipar primero el "Huecuvu" o "País del Diablo", y a esa tarea se abocó desde un comienzo no muy preciso, con tácticas no demasiado reguladas, pero sí con el objetivo expreso de ocupar aquella "tierra de nadie" que tanto anhelaba y que tanto temía.

Capítulos heroicos y también de inusitada violencia acompañaron los sucesivos corrimientos fronterizos, sobre todo en los años azarosos del apogeo de Calafucará, hasta el momento en que la Argentina organizada...
enmarcada por un cuerpo empresarial enérgico y decidido, oontando con el apoyo de un ejército nacional recientemente creado, concilió el esfuerzo que puso fin al problema del espacio nacional. En este sentido, el gobierno tomó medidas de trascendental importancia, entre otras, la nacionalización de las fuerzas militares que guarnecían los fuertes, y su fraccionamiento, con el fin de cubrir ampliamente los frentes de lucha.

**Roca y el proyecto del 80**

Los principios que sustentaron el avance de nuestra frontera sur en el momento en que se incorporaban aquellas tierras al resto del territorio nacional, luego de ser arrancadas al dominio del indígena, deben ser vistos a partir del proyecto que elaboró la Generación del Ochenta. El mismo aspiraba a construir un país moderno, modificar la composición poblacional, incorporar la educación y elaborar una economía basada en las enormes ventajas que el mercado internacional ofrecía a los países productores de alimentos, que se conjugaban con la particular especialización del país como proveedor de dichas materias primas.

En verdad, hasta ese momento la “frontera viva” argentina muy poco había influído en el quehacer de la Nación; no había sido “colonizada”. Más bien se hablaba de “extenderla” hasta donde fuera posible 18. Recién hacia la década del setenta se vislumbró que la “cuestión fronteras es la primera cuestión para todos... Es el principio y el fin... el alfa y el omega” 19.

Es decir que solucionar el problema de las fronteras con los indígenas aparecía como condición indispensable para terminar con la crisis de las industrias rurales, devastadas por los malones, y sentar las bases de su futura expansión como así también, del fortalecimiento de las autoridades nacionales.

El general Roca, ejecutor de la política de esa generación expresó con creces esos principios en el mensaje que dirigiera al país en 1879 20. Allí mismo habló del río Negro como “barrera grande e insuperable” frente a las comarcas indígenas, cuando en verdad, el río no representaba barrera alguna. Jamás un río ha separado pueblos, culturas, razas, religiones o economías. El río-frontera no existía, ciertamente, sino en la mente de los hombres. Lo que ocurrió fue la expulsión del infiel al amparo de la creciente profesionalización del ejército, su mayor movilidad operativa, y el mejoramiento de las comunicaciones. Con ello se afianzaba el eje geopolítico privilegiado: Buenos Aires y su pampa, el Litoral, la Cuenca del Plata, dando así la respuesta nacional a un triple desafío político-militar: desalojar a los...

---

19 E. Gallo, *La Argentina en la década del setenta*, diario Clarín, Buenos Aires, 11 de junio de 1879.
20 Su proyecto expansivo atendía no sólo a la traslación material de la frontera sur de los ríos Negro y Neuquén como único medio de defensa de “la vida y fortuna de los habitantes de los pueblos fronterizos constantemente amenazados”, sino porque “la población podrá extenderse sobre vastas planicies y los criaderos multiplicarse considerablemente bajo la protección eficaz de la Nación, que sólo entonces podrá llamarse con verdad dueña absoluta de las pampas argentinas...” (Julio A. Roca, ob. cit., p. 600.)

523
indios, poner freno a las pretensiones chilenas, para finalmente incorporar todo el espacio al proceso productivo del país.

De todas maneras, el pensamiento de Roca apuntaba ya desde su primera *Memoria* a la consideración de la frontera como “región marginal de poblamiento” y no tanto como línea divisoria. Esto quiere decir, la posibilidad de “transformar la simplicidad del desierto e insertarlo en la complejidad de la organización social”. Roca sustentaba la esperanza de la integración patagónica, convencido de la navegabilidad de sus ríos; ponderaba la necesidad de dar salida hacia los fértiles valles andinos a la pequeña colonia de Chubut, sobre el Atlántico, y consideraba, no sin razón, que toda la Patagonia constituía “en tanto región marginal de poblamiento”, una unidad indivisible 21.

III.- La Colonización del Desierto

El proceso colonizador en Buenos Aires y Santa Fe

El asentamiento de colonos en las zonas rurales de nuestra región pamppeana es un proceso que puede rastrearse a todo lo largo del siglo XIX y en este análisis cabe destacar que el avance sobre las tierras del indígena representó un importante jalón para la aplicación de tal experiencia. En sus comienzos estos asentamientos estuvieron destinados a mantener los territorios ocupados por el blanco; más tarde se transformaron en centros de actividad agropecuaria en función de una legislación destinada a ese fin, y por supuesto, de las exigencias que impondría la política iniciada después de Caseros y consolidada por los hombres del Ochenta.

En virtud de un plan cuidadosamente preparado por una generación interesada en asumir el papel gestor de las transformaciones de la Argentina Moderna, se dictaron numerosas leyes a fin de incorporar las tierras virgenes a la economía nacional y fomentar las actividades agropecuarias. Idéntico fin tuvo la política inmigratoria iniciada en forma sistemática desde 1876, cuyo resultado se haría realmente efectivo en la campaña santafesina. Al respecto habría que señalar que en este proceso colonizador, las provincias de Buenos Aires y Santa Fe jugaron distintos papeles y presentaron características disímiles.

Santa Fe (al igual que Entre Ríos y sur de Córdoba) contó con un impetu colonizador extraordinario, lo que le permitió el rápido florecimiento de centros rurales ocupados por inmigrantes, diseminados por gran parte de su territorio; centros de crecimiento y expansión de la producción agrícola, que la ubicarían en lugar prominente dentro del proceso productivo nacional: las 4 colonias fundadas en 1864 serían 30 en 1872. Durante esta primera etapa, el colonio tuvo plena facilidad para comprar las tierras, de resultas de lo cual se estructuraría un sistema basado en la pequeña y mediana propiedad, que, desde el centro de la provincia fueron extendiéndose hacia el sur. Sin embargo, la formación de sectores medios rurales comenzó a sentir cambios, los que llegaron a su máxima expresión en torno a 1890, tendien-


524
tes a afirmar la explotación extensiva mediante arrendatarios, sistema que en definitiva se implantó con algunas variantes en toda la zona del cereal. Los primeros empresarios colonizadores iniciaron el negocio del arrendamiento de la tierra, considerándolo más productivo que su venta, a ello se agregó la acción desplegada por todo aquel que disponiendo de algún capital trató de comprar campos en Santa Fe, con el mismo objetivo, de los terratenientes tradicionales que vieron aumentar su capital, finalmente, de los inversores ajenos a la provincia, en especial, porteños, quienes se lanzaron igualmente al acaparamiento de estas tierras de alto rendimiento.

Así se llegó a la culminación de un proceso que, iniciado con el otorgamiento de tierras en propiedad, terminó con la imposibilidad del pequeño agricultor de acceder a las mismas. Los arrendamientos de intensificaron, al igual que los subarrendamientos; la especulación fue la norma mientras que la producción siguió su expansión y se elevó el precio de los cereales. Nadie advertía por el momento los riesgos que traería el juego de la riqueza fácil.

Buenos Aires, por su parte, tradicionalmente ganadera, asumió la agricultura como una actividad más dentro de las existentes, y la inmigración no fue aquí un factor decisivo del crecimiento rural. La riqueza ganadera de la provincia, acrecentada en la década 1850-60 por la favorable coyuntura internacional, determinó una política colonizadora opuesta a la santafesina, por cuanto los propietarios no tuvieron necesidad de desprenderse de sus tierras sino más bien, extendieron sus dominios en forma casi absoluta.

De allí que en el mismo período en que se sucedían las fundaciones de colonias en Santa Fe, Buenos Aires vio aumentar también el aporte inmigratorio pero canalizado hacia los pequeños centros urbanos y sus alrededores, creados en función de la agricultura. La ampliación de quintas y chacras, con la consiguiente expansión de las actividades agrícolas se dio como acción secundaria. En 1881 el censo revela que sólo 5.538 km² sobre una superficie total de 310.307 km² estaban dedicados a la agricultura y salvo Chivilcoy y Baradero, las áreas cultivadas se distribuían en torno a los centros urbanos.

El gobierno nacional no encontró en Buenos Aires la colaboración de las autoridades provinciales ni los recursos para imponer proyectos colonizadores y, así, las tierras públicas siguieron enajenándose en aras a cubrir las necesidades del presupuesto, a la vez que para convertir a esa provincia en centro indiscutido del latifundio, favorecido también con los repartos efectuados tras la conquista del Desierto. De todas maneras, esta situación no impidió que finalmente la agricultura se impusiera, aunque por un camino distinto al seguido en Santa Fe.

Las colonias agrícolas al sur del Salado

Se ha señalado que las dos únicas colonias agrícolas importantes fundadas en la provincia de Buenos Aires, a partir de 1850, fueron Chivilcoy, eri-

---

gida en 1857 con el aporte de población argentina, y Baradero, fundada en 1856 por inmigrantes suizos, e integrada más tarde con vascos e italianos. Su principal cultivo era la papa pues tenía una tierra excepcionalmente favorable para ello. La Municipalidad debía entregar las parcelas destinadas a la agricultura, muy pequeñas respecto de las que se concedían en Santa Fe. Hacia 1870, ante la disminución de terrenos para ceder a los colonos que llegaban, la Municipalidad suspendió las entregas, esta situación fue aprovechada por los estancieros de los alrededores para vender parcelas a razón de mil pesos fuertes por cuadra cuadrada 23.

Chivilcoy, distrito eminentemente agrícola, fue fundada a ese efecto por Villarino, en virtud de una ley de Sarmiento, y en ella se fabricó una desterronadora nacional premiada en la I Exposición de Córdoba 24. También en Bahía Blanca y Patagonia se concedieron tierras a quienes quisieron poblarias, por una ley de 1855. En general puede decirse que las concesiones otorgadas al sur de la provincia llevaban el propósito de establecer colonias agrícolas militares que pudiesen contener las incursiones indígenas. Así nació la legión militar comandada por el coronel Silvio Olivieri, llamada “Nueva Roma” y cuya duración fue efímera y escandalosa.

La colonización ejidal de la provincia de Buenos Aires, surgida de la ley de ejidos de 1870, ponía en práctica un sistema destinado a intercalar al pequeño labrador y hortelano entre el centro urbano y campaña para pastoreo, con el fin de promover la agricultura alrededor de los pueblos. Con el tiempo estas quintas y chacras fueron absorbidas por los núcleos poblacionales en expansión.

Otras colonias hicieron su parte en el desenvolvimiento de las tierras de labranza: la colonia ruso-alemana de Olavarría de 1879, la colonia Pigüé (1884) situada en el camino de Buenos Aires a Bahía Blanca y fundada sobre los terrenos de Eduardo Casey por el francés M. Cabanettes; Arroyo Corto (1884), Sauce Corto, Torquinst patrocinada por el comerciante de Buenos Aires con ese mismo nombre; Tandil, producto de la inmigración esponánea constituida por vascos, suizos de Berna y daneses; Azul, Bragado, 9 de Julio, Pergamino, Saladillo, etc.

En 1882 se erigió General Victorica, primer pueblo de La Pampa, con habitantes de origen puntano. Poco después nació allí mismo el pueblo y fuerte de Gral Acha, y ya hacia 1887 aparecían otros centros poblados como Toay y Hucal, Bernasconi y Santa Rosa 25.

Los territorios ubicados más al sur, sobre la región patagónica, contaron con la colonia galense de Chubut, fundada en 1865, las colonias oficiales surgidas de los imperativos de la marcha militar, como lo fueron General Roca, Conesa y Frías, además de pequeñas poblaciones entre las que men-

23 Alejo Peyret, Une visite aux colonies de la République Argentine, Paris, 1889, p. 322.
25 Hernán A. Silva, Consecuencias de la campaña en el poblamiento, diario Clarín, Buenos Aires, 11 de junio de 1979. “Entre otras empresas de colonización pueden nombrarse la Stroeder que en 1901 fundó Villa Iris con familias valdenses, y la Cabildo, con italianos; la Jewish Colonization Association, que estableció la colonia Barón Hirst en Rivera, con pobladores ruso-judíos.”
cionamos a San Javier, Pringles, Conesa, Choele-Choeel, Roca y “dos pueblos” de mayor importancia, Viedma y Patagones 26.

Igual origen militar tuvieron las fundaciones de los primeros pueblos del Neuquén, a los que hombres de muy diversos orígenes dieron vida, extendiendo ese territorio sureño hacia la cordillera para constituir la capital neuquina y San Carlos de Bariloche, y hacia el lado de la costa, San Antonio Oeste.

Hasta aquí la nómina de algunos centros considerados mojones de civilización, que la provincia de Buenos Aires y territorios del sur abrigaban para su desarrollo, por lo menos, como expresión de deseo de los núcleos oficiales. Hacia 1878 fueron promulgadas dos leyes significativas. La primera, del 5 de octubre, hacía referencia a la línea de frontera establecida sobre las márgenes de los ríos Negro y Neuquén, disponiendo “la mensura inmediata de los territorios conquistados para hacer efectiva la colonización de ambas márgenes del río, sus islas y territorios adyacentes”... “a fin de llevar a ellos la población agrícola que ha de transformar en poco tiempo aquella región, echando las bases de un progreso posterior...” 27 La segunda ley, del 11 de octubre, cedía al gobierno nacional el valor de toda la tierra pública comprendida entre la línea de frontera existente (La Zanja de Alsinia) y los límites de los territorios nacionales. La consecuencia de ambas disposiciones, con mayor intensidad de la última, fue la consolidación de un “nuevo latifundio liberal”, no sólo de “crianza vacuna sino de las excelentes zonas trigueras de la República” 28.

En 1884 el mismo presidente Roca propició una ley por la cual se distribuirían las tierras a los agricultores, pero fue fraguada por el sector terrateniente. En 1885, la ley 1682 reglamentaba los “premios militares”; en fin, se dejó de lado la implementación estatal de una colonización agraria exitosa, hecho que también podría explicarse, en parte, por la imposibilidad del Estado de promover cuantiosas inversiones en transportes y créditos a los agricultores.

Lo cierto es que recién en 1887 la provincia de Buenos Aires entró en el movimiento colonizador propiamente dicho, siendo la última en este sentido, con la Ley de Centros Agrícolas. En virtud de la misma se establecerían centros destinados a la agricultura en torno a las estaciones de ferrocarril sobre los terrenos propios, ubicados fuera de un radio de 100 km. de la Capital Federal. Tendrían una superficie de 2.699 has. y podrían crearse por expropiación de tierras a cargo del Poder Ejecutivo; por empresas o particulares, sobre terrenos propios o adquiridos para tal fin. Los beneficios que los concesionarios y cultivadores recibirían, consistían en la facilidad del crédito otorgado por medio de una hipoteca amortizable en diez años; rebaja en los fletes del transporte de sus productos, en un 26 por ciento; exención de impuestos por tres años así como de los trámites para adquirir la tierra; posibilidad de utilizar una estación de embarque cercana, etc.

Hacia 1888 habíanse formado 203 centros agrícolas comprendiendo

28 Juan Carlos Vedoya, ob. cit., p. 88-89.

527
una extensión de 421.681 has, 43 centímetros, pero diez años más tarde, la ley mostraba su fracaso pues el espíritu que la animaba, es decir, división de la propiedad y cultivo de la tierra por pequeños propietarios, fue completamente contrariado por los grandes terratenientes refractarios al movimiento colonizador. La iniciativa se llevó a la práctica con demasiada ligereza y quizás no contó con medidas energéticas que pudieran apuntalarla, en medio de los obstáculos que impedían la organización de la población rural en la campaña bonaerense.

La colonización surgía así como imperativo del progreso... "Al lado del cuartel debe levantarse el pueblo... El plan de seguridad de fronteras en el Río Negro no será realizable sin un sistema serio de colonización..." señalaba Alvaro Barros, apuntando que con un adecuado tratamiento del problema por parte del gobierno, el colonos reportaría ventajas, las poblaciones prosperarían atrayendo asimismo a la inmigración espontánea; vendría el poblador con su pequeño capital para explotar "nuestra tierra hasta hoy improductiva, en lugar de venir como hoy sucede en busca de aventuras para trabajar cuatro o seis años viviendo de a 50 estibados en un cuarto para voltearse a su país con el fruto de su trabajo, inútil para nosotros, y fruto a la vez de sus privaciones y miserias..." 29

Igual valor tendría la política de conciliación, previsión y enseñanza respecto del indígena, quien debía ser partícipe de la comunidad de intereses y reciprocidad de beneficios mediante su admisión como colonos 30. Las mismas consideraciones planteara José Hernández, entre otros, refiriéndose a la proyección de colonias pobladas, eso sí, con "hijos del país", con "gauchos laboriosos y pacíficos", ya que "las leyes que castigan no son siempre las que corregir: muchas veces son mejores las que previenen. Las leyes penales buscan al delincuente para castigarlo; pero las leyes administrativas deben buscar al honrado para ayudarlo..." 31

Comerciantes, pulperos, jefes militares y hacendados

Muchos fueron los grupos que se beneficiaron de esta larga contienda entre blancos e indígenas en las lejanas tierras del sur argentino. Alvaro Barros y el comandante Prado han dejado interesantes testimonios de los abusos cometidos por los proveedores y otras autoridades, en complicidad con pulperos españoles, italianos y criollos, quienes como "trigono de rapiñas" aprovecharon el pingüe negocio del fraude en las proveedurías y demás operaciones mercantiles, que contando con la ignorancia y el consentimiento...
to de la administración, se practicaban legalmente “hasta en el estómago del soldado...”

Alvaro Barros enumera así los problemas generados en las áreas fronte-
rizas, por la acción de los inescrupulosos que medraban con las necesidades
de la guerra:

El sistema de proveedurías establecido y perfeccionado autoriza fraude de
todo género que llevan a los indios la enseñanza del robo.
El desorden de la campaña autoriza al comercio a la complicidad con los indios,
induciéndolos al robo para lucrar con sus frutos.
El desorden de la administración pública autoriza a los empleados a cometer
deporables abusos que, siendo visibles para todos, jamás fueron descubiertos.
El desorden del ejército dejó sin responsabilidad a los jefes superiores para co-
meter abusos... 32

En efecto, los proveedores acumularon fortunas muy grandes y muy rá-
pidamente mediante el incumplimiento de los contratos estipulados con el
Ministerio de Guerra. Los más honrados descubrieron que sus utilidades
eran insuficientes para satisfacer exigencias viciosas, de las que autorizaba el
pago; el que se negó a satisfacerlas fue hostilizado y perjudicado, en tanto
el que se prestó a complacerlas fue recompensado con la autorización a co-
brar al gobierno lo que no había entregado.

De esta manera el fraude “descubrió cada día nuevos recursos” y el pre-
cio de los artículos llegó a representar un valor nominal cuyo efectivo era
seguro en los recibos otorgados. El comercio serio renunció a las proveedu-
rias y éstas se organizaron al margen de la administración, contando con
el aval de funcionarios que entraban en la red, así como con el servicio de
algun “militar benemérito” que, un tanto olvidado por el gobierno, conse-
guía una Comandancia de frontera. Este jefe, que debía su colocación al
ciudadano proveedor, no podía ser ingrato y mucho menos si “solo se le
pide una firmita en blanco, en recibo de raciones” 33.

El proveedor organizaba solapadamente su estructura delictiva...
“Monta una gran máquina sin fuerza propia, pero que se comunica por
medio de hilos invisibles con otra gran máquina que le da movimiento, sin
que se aprecie el mayor gasto de combustible que ocasiona...” 34

En los casos en que los jefes de fronteras se prestaban con mayor denue-
do al fraude, llegaban a concretar negocios provechosos, logrados con las
fraguadas economías que infligía a la tropa, con el producto de las plazas
supuestas, con las privaciones y ayunos impuestos a la soldadesca y los re-
cursos que se obtenían en los campos, ricos en ganado, “que se puede
tomar sin pagar”.

También entraba en este juego de la fortuna la centralización de los fon-
dos asignados para vicios de entretenimiento del soldado (tabaco, papel pa-
ra cigarros, yerba mate) que luego se sacaba a remate oficial.

Barros documenta lo expuesto mediante un informe sobre la explota-
ción de la frontera, en el que se ejemplifica la tremenda acusación, base de

32 Alvaro Barros, ob. cit., p. 121.
33 Ibidem, p. 110.
todo el análisis del desorden: ...“el erario nacional paga raciones que no se entregan, caballos que no recibe, soldados que no se ven, vestuarios y municiones que no se conocen, suelto a la Guardia Nacional que la Guardia Nacional no recibe...” 35

Desgraciadamente, lejos de prevenirse, el gobierno mismo se prestaba a ser explotado, favoreciendo la corrupción, y en esta acción, el comerciante deshonrado ganaba enormes fortunas, “pues en sus contratos con el gobier-
no le es permitido sacar ventajas” 36.

En el pago del ejército no era más moral ni menos productivo que el re-
curso de las economías con los sueldos de los desertores y muertos, y si en
las listas de revista figuraban plazas supuestas, el resultado y los beneficios
solían ser muy considerables. Como en los regimientos no había contabi-
dad, los capitanes firmaban en blanco y generalmente también los Jefes de
cuerpo. Ello basta para imaginar el amplio campo que quedaba en manos
del comisario pagador para la prevaricación. Esto haría excluir a Barros:
“Triste es sin duda que del tesoro público se sustraigan fortunas privadas a
favor de documentos oficiales legalizados: pero es horrendo que a la formación
legal de esas fortunas contribuyan todavía crueles privaciones... im-
puestas al benemérito soldado...”37

Los indígenas sufrían en trágicos malones, pero los comerciantes com-
pradores de sus hurtos, les robaban valiéndose de artimañas, como también
lo hacían los empleados que debían darles los tributos convenidos a fin de
que no “malonearan”. El indígena imitó estos ejemplos sobre todo cuando se
le ofreció la ocasión de hacerlo con provecho. Las haciendas que robaba
las pasaba a Chile, o las mataba para traer a vender los cueros en nuestra
misma frontera. Esto que hacían los indios de Catriel en Azul, lo hacían los
gauchos vecinos instigados por el comercio de esa localidad, que se dedicaba
todo el análisis del desorden: ...“el erario nacional paga raciones que no se entregan, caballos que no recibe, soldados que no se ven, vestuarios y municiones que no se conocen, suelto a la Guardia Nacional que la Guardia Nacional no recibe...”

Desgraciadamente, lejos de prevenirse, el gobierno mismo se prestaba a ser explotado, favoreciendo la corrupción, y en esta acción, el comerciante deshonrado ganaba enormes fortunas, “pues en sus contratos con el gobierno le es permitido sacar ventajas”.

En el pago del ejército no era más moral ni menos productivo que el recurso de las economías con los sueldos de los desertores y muertos, y si en las listas de revista figuraban plazas supuestas, el resultado y los beneficios solían ser muy considerables. Como en los regimientos no había contabilidad, los capitanes firmaban en blanco y generalmente también los Jefes de cuerpo. Ello basta para imaginar el amplio campo que quedaba en manos del comisario pagador para la prevaricación. Esto haría excluir a Barros: “Triste es sin duda que del tesoro público se sustraigan fortunas privadas a favor de documentos oficiales legalizados: pero es horrendo que a la formación legal de esas fortunas contribuyan todavía crueles privaciones... impuestas al benemérito soldado...”

Los indígenas sufrían en trágicos malones, pero los comerciantes compradores de sus hurtos, les robaban valiéndose de artimañas, como también lo hacían los empleados que debían darles los tributos convenidos a fin de que no “malonearan”. El indígena imitó estos ejemplos sobre todo cuando se le ofreció la ocasión de hacerlo con provecho. Las haciendas que robaba las pasaba a Chile, o las mataba para traer a vender los cueros en nuestra misma frontera. Esto que hacían los indios de Catriel en Azul, lo hacían los gauchos vecinos instigados por el comercio de esa localidad, que se dedicaba a este ramo. Un “comerciante fuerte” del mismo Azul sufrió en carne propia su falta de escrúpulos, cuando encargó al paisano que robara cueros de las haciendas vecinas, descubriendo finalmente, luego que éste lo hubiere proveído de abundantísimos ejemplares, que los cueros eran de su propio ganado. Nada pudo hacer contra aquel hombre, sino pagarle y callar el hecho que, por otra parte, ya era del dominio público.

Ese tráfico daba vida al comercio de los pueblos y casas de negocio de campaña, en las fronteras, tiende de iniquidad lo que podía ser honesto. Los mismos indígenas reconocían esas deficiencias y pese a la paz que se pretendía mantener con ellos, utilizando una defectuosa administración, lo cierto es que al advertir el grosero escamoteo a que eran sometidos, reaccionaban la mayor parte de las veces con violencia; su escape era arruinar al propietario de la campaña con el robo diario de sus haciendas, cuyos cueros les era permitido vender al pulpero al día siguiente, y con su produc-

36 “Estos tipos son así-dará el comandante Prado. Puras dificultades para el gobierno, y después todo se vuelven cuentas... Si yo fuera gobierno ya veria cómo arreglaba a estos patriotas. ¡Patriotas!” (Manuel Prado, La guerra al malón, Buenos Aires, 1960, p. 34.)
alimentar los vicios, “que es lo que se les enseña con empeño...”

Todo lo expuesto puede ser avalado con el informe que el general Roca presentara al Congreso en 1878, en el que también se quejaba de las enormes corrupciones que debía afrontar el Departamento de Guerra y Marina, como consecuencia de los “grandes errores que llevamos sobre los hombros en materia de administración militar, errores que recargan en un 20 por ciento los gastos ordinarios del Departamento de Guerra y Marina...” También consideraba la deficiencia del sistema de las proveedurías en manos de particulares, de la remonta de caballería realizada por medio de licitaciones que recaían en individuos extraños al Ejército, preocupados sólo por el luero personal. Otro tanto diría respecto de la compra de telas y combustible es decir el carbón, para la escuadra.

A su juicio, todo el aparato proveedor actuaba onerosamente para el Tesoro Público, calculando que sin exageración ese “sistema rutinario y condonado por la experiencia cuesta anualmente a la Nación 400,000 pesos fuertes que va a bolsillos de particulares...”

IV - Conclusión

“La República había suprimido el desierto, y sus dominios se extendían sin barreras que los cortase, hasta el extremo sur del Cabo de Hornos” 41. Así expresó Prado la alegría de la llegada al río Negro; así dejó plasmada la intensa emoción que sintieron aquellos hombres valerosos en su encuentro con la línea verdosa de los sauces delineados en el profundo valle y dentro de ese marco, la plateada superficie del río. Atrás parecían quedar las penurias y sufrimientos de muchos años; adelante se abría el promisorio futuro para tanta tierra y tantos hombres que irían a habitarla y trabajarla, pese a los obstáculos que la colonización debió sortear en esas latitudes.

De esta suerte, las regiones otrora recorridas por el infiel se fueron poblando lentamente por intrépidos pioneros de lo desconocido quienes, en cierta forma, constituieron una fuerza nueva, ahora especializada en el sector agrícola-ganadero que caracterizó a nuestro país en el plano internacional de fines de siglo, y que contó con una dinámica migratoria que pobló los campos del sur, como antes había poblado los de Santa Fe. Recibió del capital británico el impulso financiero para estructurar las bases de una Argentina que empezaba a modernizarse hasta que, recién en 1910, cuando se cerraban las fronteras de tierras explotables y se aproximaba la Primera Guerra Mundial, comprendió la necesidad de la industrialización.

Paralelamente, la tierra sería benefactora también para comerciantes, pulperos y jefes militares, enriquecidos con negocios lícitos e ilícitos vinculados a las tropas acañonadas en cada fortín; para los hacendados que re-

39 Ibidem, p. 142. El papel del pulpero es descrito también por el comandante Prado: “El milico recibía con una mano su haber y con la otra lo pasaba al bolichero en cambio de los vales que le había descontado. Y luego, ¿qué eran ciento cincuenta pesos moneda corriente por mes, si una libra de yerba costaba veinte pesos, cinco un atado de cigarrillos, treinta un puñado de azúcar, diez media docena de galletas, y así sucesiva-

40 Memoria del Departamento de Guerra presentada al Honorable Congreso por el Mi-

41 Manuel Prado, ob. cit., p. 118.
ron enriquecer su patrimonio y por supuesto, para el gobierno que concretaba su proyecto de expansión económica y política.

En esta comunidad de beneficiarios, sólo el "milico", el gaucho soldado de tartas desventuras, recibió la peor parte: nada o muy poco. Por eso dice el comandante Frago:

en aquellos lugares donde tanto hemos sufrido, se levantan ciudades prosperas y ricas; el trigo crece en la pampa exuberante de viento, abonada con la sangre de tanto pobre milico, y, en cambio, los hijos de éstos no tendrán un rincón donde refugiarse... en ese mismo desierto que sus mayores conquistaron y que otros más felices, o más vivos, supieron aprovechar... 42

Bibliografía

Angeli, Pedro de, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, 1956.

Baigorria, Manuel, Memorias. Mendoza, 1838.


Daza, José, Episodios militares, Buenos Aires, 1912.


Ebelot, Alfredo, La Pampa. Buenos Aires, 1961


Herrández, José, Conocimientos útiles para los oficiales de aprovisionamiento. (Instrucción del estanciero). Buenos Aires, 1861.


Mariani, Roberto, El indio en la colonización de Buenos Aires, Buenos Aires, 1940.


Memoria del Departamento de Guerra, presentada al Honorable Congreso por el Ministerio de Guerra y Marina, Julio A. Roca, Buenos Aires, 1879.


— Historia de los premios militares. República Argentina, leyes, decretos y demás resoluciones referentes a premios militares, Buenos Aires, s.f.

Ministerio de Guerra y Marina, Memoria presentada al Congreso Nacional, Buenos Aires, 1865 a 1885.

Nozzi, Emma, Carmen de Patagones y la fundación de Fortín Conesa. Carmen de Patagones, 1969.


- *La ocupación del Río Negro, Conferencia*, Buenos Aires, 1900.

Ramayón, Eduardo, *Conferencia sobre el fortín en la guerra contra el indio y el avance*

- *Ejército guerrero, poblador y civilizador*, Buenos Aires, 1921.

Raone, Juan M., *Fortines del desierto (Mojones de civilización)*. Buenos Aires, 1969, 3 tomos.


**Periódicos**

*El Independiente*, Rosario, 1882.

*La Época*, Rosario, 1872.

*La Capital*, Rosario, 1867-1884.

*Río Negro*, Gral Roca, 11-6-1979 (Suplemento especial sobre la Conquista del Desierto).

*Clarín*, Buenos Aires, 11-6-1979 (Suplemento especial: *Centenario de la Campaña del Desierto*).